

En la otra habitación

Sara Solves



Capítulo 1

Prólogo

31 de Octubre de 1618. 11:55 p.m.

El sonido de dos aceros chocando con furia resonó en la noche. Elisabeth corría por el bosque, llena de temor. Su vestido de baile, antes blanco e impoluto, estaba ahora manchado de barro y roto allí donde las ramas le azotaban ayudadas por el intenso viento de aquella noche. "No, no, por favor, no..." pensaba una y otra vez.

Avanzaba a ciegas, únicamente con la ayuda de la luz de la luna llena. Sus pies no podían más, pero ella se resignó, obligándose a ir más de prisa. El ruido se oía más cerca, cada vez más cerca...

Por fin, Elisabeth se encontró en un pequeño claro, rodeado por los árboles del bosque. Allí la hierba le llegaba por las rodillas, lo que dificultaba su carrera, por lo que paró. Jadeante, recorrió el lugar con la mirada hasta que los localizó.

En el centro del claro, iluminados por un rayo de luna, como en un sueño, habían dos chicos jóvenes batiéndose en duelo, con la furia y el odio reflejados en sus caras.

Cristian y Alexander.

Cristian tenía el pelo de un rubio platino, casi blanco, y una piel pálida. Sus ojos, del azul del mar, mostraban siempre una gran serenidad, incluso en aquel momento. Sus labios carnosos, normalmente sonrientes, estaban ahora apretados, formando una línea recta. Su camisa blanca estaba desabrochada, dejando a la vista su torso y su vientre plano.

Alexander ya se había deshecho de la camisa negra y mostraba un cuerpo moreno ligeramente más musculoso que el de Cristian. Era un poco más alto que su contrincante. Su pelo era increíblemente negro, tanto que parecía azul, y sus grandes ojos verdes mostraban siempre un toque de picardía. Sus labios, de forma infantil, mostraban una media sonrisa llena de burla y malicia.

Eran dos polos opuestos, diferentes en todo, excepto en una cosa: los dos la amaban.

"¡No!" pensó al ver como la espada de Cristian casi alcanzaba el pecho de su enemigo.

Los dos chicos pararon en seco y la miraron con sus penetrantes ojos. No se había dado cuenta de que había gritado.

-¡Parad, por favor!- chilló.- ¡Parad!

Era la única palabra que le salía, una palabra llena de angustia y miedo que les hizo dudar durante un momento. Pero solo fue un momento.

-Vete, Elisabeth. Esto no es asunto tuyo- dijo entonces Cristian, volviendo a levantar su espada. Alexander también la levantó de nuevo, a la vez que incitaba a Cristian, provocándolo. Las espadas volvieron a chocar.

"¿Que no es asunto mío?" pensó, asombrada e indignada. Un velo de lágrimas encharcó sus ojos y solo pudo ver sus figuras difusas, luchando.

De pronto, y sin saber cómo, Alexander cayó al suelo. Cuando Cristian apuntó a su pecho, comprendió. No iban a dejarlo correr, ni siquiera por ella. Iban a matarse. Y ella no podría impedirselo. ¿O sí?

Elisabeth cerró los ojos. Esa noche la barrera entre los dos mundos era muy fina y frágil y sus poderes en ese momento eran muy grandes. Se concentró. Les castigaría por hacerse lo que se estaban haciendo. Tocaron las 12. Ahora.

Hubo un fogonazo de luz y se encontró en medio de los dos, justo en el momento en que sus aceros avanzaban hacia el oponente. La atravesaron, sin darles tiempo a frenar, y ella cayó en la hierba, sobre el charco de sangre que se formaba rápidamente bajo ella, muerta.

La miraron aterrados. Cristian tiró su espada lejos y cayó de rodillas junto a la chica, acunándole.

-¿Por qué, eh? ¡¿Por qué has hecho eso?!

Alexander miraba sin ver el cuerpo, en estado de shock. Las lágrimas corrían por su cara, sin que él hiciera nada por limpiárselas.

Cristian seguía gritando, sacudiendo a Elisabeth por los hombros, como si la chica solo estuviera dormida y en cualquier momento pudiera despertar.

Unos truenos lo acallaron. Los dos chicos miraron hacia el cielo, ahora encapotado por nubes negras que soltaban rayos a diestro y siniestro. Uno cayó muy cerca de ellos, incendiando ese punto del claro. El fuego cogió altura y formó la figura de una mujer alta y esbelta. Su pelo de fuego flotaba alrededor de su cara y sus rasgos apenas se diferenciaban, aunque pudieron percibir el movimiento de la boca. Sin embargo, la voz,

que sonaba como el crepitar del fuego, resonó en sus cabezas.

“La habéis matado”. No era una pregunta.

Los chicos no replicaron. La voz tenía un matiz colérico. “Sois egoístas, pensasteis solo en vuestro honor y vuestro orgullo, y no el daño que podíais causar, y aquí está el resultado, sangre derramada de una chica cuyo único delito fue amar demasiado. Así que yo os maldigo en su nombre. Su espíritu renacerá en diferentes cuerpos a lo largo de los siglos. Pero, cada vez que cumpla los dieciocho, ella morirá por vuestras manos. Aunque os alejéis de ella, os acabará encontrando y la matareis. Solo cuando aprendáis la lección, ella vivirá y podrá elegir”.

Dicho esto, la mujer desapareció y con ella el fuego. El cuerpo de Elisabeth tampoco estaba.

Los dos se quedaron allí, sin saber qué hacer, con la lluvia cayendo sobre ellos sin compasión.

Capítulo 2

Capítulo 1

15 de septiembre del 2013. 7:00 a.m.

En una casa junto al mar suena un despertador. Son las 7 de la mañana. En una habitación a oscuras, una mano sale de debajo de las sábanas e intenta apagar ese ruido ensordecedor. Da manotazos por la mesita de noche hasta que lo consigue.

Después de unos minutos haciéndose la remolona, Alice se quita de encima las sábanas, se sienta y se restriega los ojos, aún medio dormida. "Que duro es el primer día de clase", piensa. "Y eso que aún no ha empezado". Resoplando, se levanta y abre la ventana. El aire fresco habitual de esas horas de la mañana penetra en sus pulmones e impacta sobre su piel, despejándola un poco.

Va al baño y procede a arreglarse. Se lava la cara para acabar de despertarse, se lava los dientes... Mientras se deshace los nudos el pelo, se mira. El sol de verano le ha bronceado la piel, dejándole un tono tostado. Su pelo de color caoba, que lleva bastante corto, cae con suaves ondas sobre su nuca, hasta los hombros, enmarcando su carita redonda, donde unos ojos grandes y marrones la miran desde el espejo con un destello siempre presente de curiosidad e inteligencia, rodeados de multitud de pecas, que le dan un toque infantil, algo que odia.

¿Y ahora qué se pone? Desde que se trasladó a vivir con su prima, al comienzo del curso anterior, y se ha tenido que ahorrar ella el dinero trabajando, ha descuidado su vestuario, centrándose solo en lo necesario. Al final se decide por una camiseta suelta de tirantes blanca, que resalta su piel morena, unos vaqueros cortos y unas manolequinas blancas. Se pone sus pendientes de aro plateados, comprueba que su colgante está en su sitio y busca su bolso. ¿Dónde lo ha dejado? Por fin lo encuentra, debajo de la cama. Sí, su habitación no está muy ordenada que digamos. Mete dentro el dinero, el móvil y la libretita con su bolígrafo de la suerte que siempre lleva encima y sale de habitación.

Como ya se esperaba, su prima, Kim, está sentada en el sofá mirando las noticias de la mañana, ya lista y esperándola, como de costumbre.

Kim tiene el pelo negro y muy liso, que le llega por debajo de los hombros. Para ese día ha elegido un top azul oscuro y una falda blanca que deja a la vista sus largas piernas bronceadas. Un vestuario que no deja mucho paso a la imaginación. Kim lleva las muñecas repletas de pulseras de todos los colores, materiales y formas posibles, su accesorio favorito.

-¡Ya era hora, Alice! ¡Siempre tengo que esperarte, siempre la última! - le chilla Kim cuando la ve. Sus penetrantes ojos negros la miran con un poco

de furia.

Alice no le hace mucho caso. Cuando se levanta, su prima siempre tiene mala leche y es mejor dejarla en paz hasta una media hora más tarde, que es cuando se sienta en su flamante coche nuevo y el aire le despeja la mente.

-Buenos días, Kim - se limita a responderle.

Kim bufa, apaga la televisión, coge su bolsito y se dirigen al garaje, donde un BMW descapotable de color negro nuevecito, sin una mota de polvo, las espera.

Kim sale con cuidado del garaje, mirando por todos los lados para no rallar su querido coche, enciende la radio, subiendo el volumen a tope, y ponen rumbo al instituto, con el pelo ondeando al viento y las dos cantando bien alto *Accidentally in love*, de *Counting Crows*.

Cuando aparkan y salen del coche, Kim se despide de su prima con dos besos, ya de mejor humor, y se va con sus amigas, que la esperan apoyadas en su taquilla, charlando y riendo.

Alice también se va a la suya, de donde coge un cuaderno y bolígrafos para los apuntes. Los libros ya se los darán en clase.

-¡Alice! ¿Has visto al chico nuevo?

Una chica alta, con el pelo color arena, muy rizado, y unos vivaces ojos marrones la abraza.

-Buenos días, Emma. No, no lo he visto. - Le contesta, respondiendo a su abrazo.

Emma se separa y empieza a dar saltitos, los rizos rebotando como muelles.

-Es muuuuuuy guapo y tiene nuestra edad, seguro que coincide en alguna de nuestras clases. ¡Qué emocionante!

Alice se ríe, divertida ante el entusiasmo de su mejor amiga. El timbre suena, señalando el inicio de las clases.

-Oye, a mi toca literatura, ¿y a ti?

-Francés. ¡Jooo, casi nunca coincidimos! - se queja Emma.

Las chicas se despiden y cada una se dirige a su aula. Alice entra en la suya titubeando y suspira, aliviada. Gale, su mejor amigo, está en esa clase. No era que Alice no conociera a nadie, ya que llevaba allí un año, pero se sentía mejor si uno de los dos estaba con ella.

Gale es un chico alto y flacucho. Lleva el pelo castaño corto, aunque a Alice le gusta más largo, y una barba de pocos días oscurece su cara. Sus ojos verdes brillan cuando la ve. Es guapo, y seguro que Emma o ella se habrían enamorado de él sino hubiera sido por un pequeño detalle. Gale es gay.

La ve y le señala un sitio a su lado.

-¡Hola, preciosa! - le saluda cuando se sienta.

Alice le sonríe y le da un beso en la mejilla.

En ese momento el profesor de literatura, un hombre delgado, de unos treinta y pocos años, con el pelo gris y una gran sonrisa, entra en clase.

-¡Buenos días, chicos! - saluda con voz jovial. - Por si alguien no me conoce, soy Raimon, y soy vuestro profesor de literatura, español y teatro. Hoy...

¡Toc, toc!

El sonido de alguien llamando a la puerta lo interrumpe, y un momento después un chico entra en clase. Su mirada se pasea por el aula hasta que llega a Alice, donde sus ojos, de un increíble azul, se paran, observándola. Es realmente guapo, alto y musculoso. Su pelo es rubio platino, aunque no parece que sea tintado, a pesar de que su piel morena parece indicar lo contrario. Alice le devuelve la mirada al desconocido, algo incómoda, sobre todo porque esos ojos le resultan en cierta medida familiares, aunque está segura de que nunca antes ha visto a ese chico. No es de los que se olvidan.

-Buenos días - le saluda el profesor, muy oportuno. El chico sacude la cabeza y rompe el contacto visual para mirar a Raimon, liberándola. - Eres nuevo, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

El chico sonríe. "Una sonrisa preciosa", piensa Alice.

-Sí, soy nuevo. Me llamo Cristian.

Capítulo 3

Capítulo 2

Gale le da un codazo y sonrío.

-¡Oye, pues está muy bueno!

Alice intenta sofocar una risa, mordiéndose el labio con fuerza, hasta que oye las siguientes palabras del profesor, que la dejan petrificada.

-Bienvenido, Cristian. Siéntate en aquel sitio vacío, al lado de esa chica, Alice.

¡Mierda, con lo tímida que es ella! Durante un momento le parece que Cristian aprieta los labios con expresión de desagrado, pero es un gesto tan rápido que no está segura de si se lo ha imaginado. El chico asiente y se dirige a su asiento.

-¡Hola, me llamo Gale!- saluda enseguida su mejor amigo.

Alice le observa. Le encantaría ser tan abierta con la gente como él, pero su timidez y el temor a no caer bien le frenan demasiado. De todas maneras, parece que esta vez no le hará falta hablar, porque tras saludar Cristian a Gale con su sonrisa e intercambiar algunas palabras, se vuelve hacia el profesor, que en ese momento reparte los libros de la asignatura, sin dedicarle ni una sola palabra, como si ella no estuviera allí.

Cuando suena el timbre que indica el final de la clase, Cristian se levanta, recoge sus cosas, se despide de Gale y, sin ni siquiera lanzar una mirada de reojo hacia ella, sale del aula.

-Qué rarito, ¿no? Ni siquiera me ha dirigido una mirada, te ha saludado conmigo en medio de los dos y no se ha dignado ni a decirme hola. ¿Huelo mal o algo, tengo piojos? - Alice se huele el brazo y se mira el pelo, como si lo estuviera pensando en serio.

Gale se ríe y luego se encoge de hombros, sin saber que contestarle. A él le ha caído muy bien, aunque no entiende esa actitud hacia Alice.

-¡Bah! - Alice lo deja correr. Piensa que no vale la pena enfadarse por ese estúpido. Seguro que es alguien demasiado arrogante que ha decidido que ella no es digna de su atención. Sí, tiene esa pinta. Recoge su libro y sale

de clase junto a Gale.

Las siguientes clases van pasando de forma lenta y monótona, hasta el descanso, en el que todos los estudiantes se dirigen a la cafetería o al patio como si les fuera la vida en ello, desesperados por comer algo o salir afuera, a la luz del sol. Alice ya está pagando su almuerzo, una magdalena de chocolate y un zumo de piña. A su lado, Emma aún está indecisa entre dos sándwiches. Sabe que va para largo, así que decide esperarla en la mesa donde ya está sentado Gale, con su pan-pizza y su zumo de melocotón. Cuando se da la vuelta para dirigirse hacia allí, su torpeza innata hace acto de presencia, tropieza con sus propios pies y, en un intento fallido por guardar el equilibrio, cae hacia atrás. Por suerte, antes de que su trasero toque el suelo y acabe con un buen moretón, alguien consigue agarrarla del brazo y la empuja hacía sí. De esta manera Alice consigue equilibrarse y levanta la cabeza, encontrándose con la mirada de Cristian, llena de desdén. En la otra mano sujeta su bandeja con su almuerzo.

-Gra...

-¡Ten más cuidado!- le interrumpe. El chico le suelta la muñeca y le devuelve la comida con brusquedad.

-¡Y tú mira por dónde vas!- le grita ella, furiosa.

Cristian le echa una última mirada y desaparece entre la multitud de alumnos.

-¿Estás bien?

Emma ha llegado a su lado y la mira con preocupación.

-Sí. ¿De qué te has cogido el sándwich?

-Vegetal.

Al cabo de un momento, Emma ya está parlotando sobre los nuevos profesores y de algún chico guapo que hay en sus clases. Alice le escucha mientras se frota distraídamente la muñeca, que le escuece muchísimo.

-¡Por el amor de Dios, Alice! ¿Cómo narices te has hecho eso? - le pregunta Gale cuando se da cuenta del gesto de su amiga.

Alice, al notar la alarma en la voz de su amigo, se mira la muñeca. Como si fuera un brazalete que le rodea toda la muñeca, tiene una quemadura.

Capítulo 4

Capítulo 3

¡Por fin en casa! Alice resopla, tira la mochila al suelo de su habitación y se tira en la cama, recostándose de lado, mirando por la ventana. Se quita la venda que le ha puesto la enfermera del colegio con una mueca, pues le duele cuando la tela roza la herida.

La enfermera, Connie, una mujer mayor y muy simpática, la ha limpiado muy bien, dejando un hueco rosado que rodea toda la muñeca. La pobre mujer aún tiene que estar flipando.

Alice se fija más en la forma de la quemadura, buscando alguna pista que demuestre cómo se la ha podido hacer. Después de un ratito examinándola, descubre que hay un punto donde parece que se unen dos extremos, redondos, y unas líneas muy finas, como... como si fueran huellas dactilares.

Da un grito ahogado. ¡Son dedos! Se le ocurre una idea loca: cuando Cristian la ha cogido para que no se cayera, le ha rodeado la muñeca, pero solo con dos dedos, como si tuviera asco de tocarla... o como si quisiera protegerla de su contacto. ¡Pero eso es una idea estúpida! Es imposible que su piel queme hasta ese punto, todo lo que tocara se fundiría o se incendiaría, dejando de lado el hecho de que sería una característica un poco sobrehumana.

Además, si eso pudiera suceder, lo que es muy poco probable, ¿por qué querría protegerla, cuidarla? La desprecia, lo ha notado perfectamente cuando la ha visto en clase de Lengua, además del accidente de la cafetería.

"Alice, no seas idiota" piensa, cabreada. "Eso no puede suceder, así que no inventes fantasías".

Decide dejarlo estar, segura de que habrá alguna explicación lógica que se le ha pasado por alto. Se vuelve a cubrir la muñeca y se pone a hacer los deberes. Menos mal que es zurda, o si no le dolería horrores escribir.

Cuando acaba, mira el calendario que tiene en su habitación. Se lo hizo ella misma con un programa de ordenador y en cada mes hay fotos con sus amigos y padres. Ese mes salen ella con 8 años y su madre sentadas en un columpio. Alice acaricia la foto, suspira y mira que día es: 15 de Septiembre, día impar, así que le toca a Kim preparar la cena. Se pone su pijama, que consiste en unos pantalones cortos blancos que antaño fueron de un chándal, y una camiseta de tirantes de Mafalda, con una de esas frases filosóficas: "No ando despeinada, sino que mi pelo tiene libertad de expresión". Le encanta.

-¡Nena, a cenaaaar! - Le grita Kim con voz cantarina, utilizando el mote cariñoso. Hoy está de buen humor.

Entra en la cocina, pintada de color naranja, con sus muebles de madera, y se sienta en la pequeña mesa que está pegada a la pared, donde suelen comer si no tienen invitados.

Como ya se esperaba, Kim le pone delante un trozo de carne roja, en este caso hamburguesa, muy poco hecha y un poco sanguinolenta. Se le revuelve el estómago, pero no quiere hacer enfadar a Kim y empieza a comer.

-¿Has visto al chico nuevo? - pregunta Alice cuando su prima deja de hablar.

-... ¿Qué chico?

-Uno alto, rubio, con los ojos muy azules. Se llama Cristian.

-Ah, sí, lo he visto - ha sido solo un segundo, pero Alice ha notado que todo el cuerpo de su prima se tensaba. - Si fuera tú no me acercaría a él, se ve que ya la ha liado en alguna clase, será uno de esos imbéciles que pasan de todo- Añade Kim, cautelosa. Alice arruga la nariz y frunce el ceño. No le ha parecido uno de esos en la clase que ha compartido con él, pero se encoge de hombros.

-No creo que eso sea un problema.- contesta.

Kim asiente y las dos acaban de cenar en silencio.

Cuando acaban, Alice lava los platos y, después de desearle una buena noche a su prima, se lava los dientes, se hace una coleta y se mete en la cama. Sus párpados, se cierran al instante y cae en una agradable penumbra.

Alguien... alguien le está acariciando. Una mano, por el tacto parece que cubierta con un guante, recorre lentamente primero su pelo, su mejilla, su hombro y baja por su brazo hasta llegar a la muñeca, que coge dulcemente. La rodea con las dos manos y luego la vuelve a soltar. Nota un contacto nuevo en la cara. ¿Unos labios? Se separan de ella. ¿Por qué? ¿Por qué se va? "No me dejes sola".

La despiertan un grito ahogado y un golpe. Proviene de la habitación de Kim.

Capítulo 5

Capítulo 4

Alice sale a toda prisa de la cama, enredándose con las sábanas, y corre a la habitación de su prima, donde ha oído el grito. Un segundo antes de llegar a la puerta, se oye otro golpe y un siseo. Abre y entra como una exhalación en el dormitorio, jadeando y preparada para lo que sea que encuentre dentro.

Su prima está sentada en la cama, blanca como la nieve y bebiendo sorbitos del vaso de agua fresca que siempre se deja en la mesita de noche.

-¿Qué ha pasado? ¡Te he oído gritar! - Alice se arrodilla delante de su prima y nota que el suelo está mojado. Se le ha debido caer el vaso. Kim aún tarda un rato en contestar.

-No es nada. He tenido una pesadilla, eso es todo - le tranquiliza.

-Pero he oído unos golpes. ¿Seguro que estás bien?

-Sí, es que se me ha caído el vaso. Estoy bien - repite cuando la ve dudar.

- Vete ya, que quiero dormir - le replica, borde, volviéndose a meter entre las sábanas y dándole la espalda.

Alice frunce el ceño. Los golpes que ha oído no eran de un vaso de plástico cayendo el suelo, pero prefiere callar.

-De acuerdo, buenas noches.

Apaga la luz y se marcha, cerrando la puerta a sus espaldas.

En el momento en el que ella sale, una sombra surge de detrás de la puerta, donde ha estado escondida durante la corta conversación entre las dos chicas. "Por poco no me ha visto", piensa.

-No eres muy buena inventando excusas, ¿eh? - se burla de Kim.

-No vuelvas a entrar en esta casa - le susurra la chica, sin molestarse en girarse para mirarlo. - Y hazle daño a Alice y te mataré yo misma.

Sin molestarse en contestarle, la figura abre la ventana y sale a la oscuridad de la noche, con el recuerdo de la chica dormida en su cabeza.

Alice apaga el despertador. Ha conseguido sumirse en un sueño intranquilo a las cinco de la madrugada, dándole vueltas a los golpes de la habitación de Kim y al sueño que había tenido unos momentos antes. Parecía tan real...

Se mira al espejo del baño y ve unas ojeras formándose debajo de los ojos. Suspira y se quita la venda de la muñeca para que no se le moje en la ducha. Abre los ojos como platos y suelta un grito ahogado. ¡La herida no está! Gira la mano en todas direcciones, frenética, mirando por todos lados. Nada, ni una marca, ni una molestia. La quemadura ha desaparecido. Pero, ¿cómo?

"Vale, esto ya es demasiado raro", piensa. Cierra los ojos y respira hondo.

"Tranquilízate, Ali. Seguro que hay una explicación totalmente lógica y racional para todo esto". Aunque en su fuero interno sabe que no existe

ese tipo de explicación. Es totalmente imposible que se haya curado en unas pocas horas, sin dejar ningún rastro. Pero ya se preocupará más tarde por eso, ahora debe arreglarse si no quiere llegar tarde a clase. Su intuición le dice que es mejor que nadie se entere de esa curación

"milagrosa", por lo que decide dejarse la venda puesta.

Se ducha rápidamente, se viste y sale al pasillo, esperando ver a su prima ya allí con su humor de perros habitual a esas horas de la mañana. Sin embargo, no está. Extrañada, va su cuarto y la ve tumbada en la cama, aún con el pijama puesto y con la misma palidez de anoche.

-Kim...

-Alice - Kim se gira para mirarla. - No me encuentro muy bien, no voy a ir al instituto, así que tendrás que ir a pie.

¡Mierda, si ya es tardísimo! Ya le podía haber avisado antes. Resopla.

-Vale. Abrígate bien y bebe mucho líquido, ¿de acuerdo? - le dice con una sonrisa. Le da un beso en la mejilla y se va.

"Perfecto. Caminando hasta el instituto, que está, digamos... en el quinto pino", piensa, enfurruñada. Va tan metida en sus pensamientos, que no se da cuenta de que alguien le sigue hasta que ya es demasiado tarde. Por el rabillo del ojo, ve a una figura negra abalanzarse sobre ella.

Capítulo 6

Capítulo 5

¿Pero qué...?

Un hombre encapuchado se tira sobre ella, haciendo que Alice suelte un grito aterrado y caiga al suelo. Forcejean. Alice no entiende nada y grita y patatea, intentando zafarse, pero el hombre es muy fuerte y la aplaca contra el suelo, sujetando las manos de la chica por encima de la cabeza, mientras con la otra rebusca en el interior de su capa. "¿Capa? ¿En el siglo XXI?" es lo que piensa Alice antes de descubrir lo que su captor buscaba. Una daga.

Asustada y con renovadas fuerzas nacidas de la desesperación, consigue darle un rodillazo en el estómago, lo que hace que el hombre afloje un poco su presa y se despiste. Un grave error, pues no percibe la presencia que en ese momento se cierne sobre él, apartándolo de Alice.

Alice se incorpora, sorprendida y con lágrimas en los ojos, el corazón latiéndole con fuerza.

Su salvador resulta ser un chico de más o menos su misma edad, vestido con unos vaqueros y una camiseta negra. Su pelo, negro como el carbón, cae en mechones desordenados sobre su rostro, de rasgos afilados, que a Alice se le antoja hermoso. Cuando ve sus ojos almendrados de un verde intenso, que la observan con una expresión indescifrable, un ramalazo de nostalgia y familiaridad golpea el corazón de la joven, que retrocede un poco, aún sentada en el suelo, aturdida. Algo así había sentido al ver los ojos de Cristian. Sacude la cabeza, confundida.

De todas maneras no puede seguir observando esos ojos, pues el chico se gira hacia el hombre que la ha atacado y saca una espada majestuosa, con la empuñadura ricamente decorada con diferentes detalles y formas. "¿Una espada? ¿En serio?" piensa Alice, escéptica. "¿Y de donde narices la ha sacado?" Sin embargo, el de la capa también saca una y los aceros se encuentran. El chico se mueve con elegancia, sus movimientos son calculados y precisos. Alice se queda embobada, mirándolo, anticipando alguno de sus movimientos, como si lo conociera perfectamente.

De repente, nota como alguien la atrapa por detrás. Ella grita y se retuerce, pero lo único que consigue es que la cojan con más fuerza. Alice consigue girarse un poco y ve que es otro encapuchado. Oye un jadeo y vuelve la vista hacia la batalla entre el encapuchado y su salvador, que acaba de caer al suelo, desarmado. ¿Qué le ha pasado? No lo sabe, pero cuando ve que su contrincante se dispone a dar el golpe maestro, la sola idea de que pueda resultar herido la llena de una rabia incontrolable e inexplicable. Nota algo, en lo más profundo de su alma, que exige ser liberado. Explota.

-¡No! - grita, desesperada.

Un estallido de luz los cubre a todos, cegándolos. El hombre que la había estado sujetando la suelta, gritando de horror. El cuerpo de la

chica irradia luz, una luz dorada como el sol, que se eleva y va adquiriendo fuerza. Alice oye unos gritos de dolor, pero solo se fija en el chico, que la mira asombrado, con una pizca de reconocimiento en los ojos. Cuando ella ve que ya no corre ningún peligro, jadea y toda la luz se apaga con unos chispazos y ella cae, agotada.

Alguien consigue cogerla al vuelo, pero se desequilibra y los dos caen sobre la acera. Alice nota que le apartan el pelo de la cara en una caricia. Abre los ojos y se topa con los de él, que la mira preocupado.

-Alice, ¡Alice! ¿Estás bien?

Ella le mira, confusa, tratando de recordar dónde ha visto antes esos ojos. Entonces se da cuenta.

-¿Cómo... cómo sabes mi nombre?

La expresión del chico cambia, como si hubiera metido la pata. Entonces, Alice nota un sopor que se va apoderando de ella, sin que pueda frenarlo.

-No,... espera... esp... - pero no llega a terminar, y cierra los ojos, dejándose llevar hacia la agradable oscuridad.

El chico por fin se deja caer, agotado, aún con Alice en su regazo, que ahora duerme. La mira y la vuelve a acariciar, observado esa expresión tan dulce. ¡Uff, cómo la ha echado de menos! Pero sabe que debe alejarse de ella. Entonces, ¿por qué la ha seguido esa mañana? Menos mal, porque de no ser así, ahora ella estaría muerta. ¡Malditos renegados! Mira a su alrededor, a los dos montones de cenizas que han quedado en el suelo. Suspira y vuelve a mirarla. Había querido protegerlo, aún sin saber quién era. Aunque le ha dado la sensación de que lo reconocía... No, no puede ser. Nunca lo había reconocido. Con cuidado, deja a la chica en el suelo. Luego posa los dedos sobre sus sienes y murmura unas palabras, en un idioma antiguo. La vuelve a acariciar y le besa la frente.

-Adiós, Alice.

Y desaparece, llevándose con él cualquier prueba de que ha estado ahí.

Capítulo 7

Capítulo 6

"¿Dónde narices estoy? ¿Qué ha pasado?"

Esto es lo primero que piensa Alice cuando poco a poco va saliendo de la oscuridad en la que se encontraba. Abre los ojos y, con mucho cuidado, se va incorporando. "¡Uff, qué dolor de cabeza!".

Mira a su alrededor. Está en una calle por la que va siempre de camino al colegio, y no hay absolutamente nadie. ¡Qué raro! Siempre se encuentra con un montón de compañeros, no es posible que nadie la haya visto allí tirada, inconsciente. "O a lo mejor sí que me han visto y han pasado de mí... No, eso es una tontería". ¿Entonces...? Apoyándose en un coche que tiene al lado, Alice se levanta y recoge su mochila. "¿Eso qué es?" Al lado de su bolsa de deporte hay una cadena larga de plata de la que cuelga un guardapelo negro, totalmente liso, sin ningún tipo de adorno. Cuando lo coge, unos ojos verdes y un nombre pasan por su mente.

Alexander.

Alice se lleva una mano a la cabeza, repentinamente mareada. Como se vuelva a desmayar... Afortunadamente, consigue mantener el equilibrio y el mareo se va tan rápido como había llegado. "¡Qué raro! ¿Quién será ese Alexander?", se pregunta mientras se incorpora. Sintiendo curiosidad, intenta abrir el guardapelo, pero no lo consigue. Sin embargo, su intuición le dice que no debe perderlo, así que se lo pone junto al suyo.

Aún intrigada por el hecho de que no haya nadie en la calle, mira el reloj blanco que siempre lleva. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Las 8:30! Ya va con media hora de retraso y aún le queda un buen rato para llegar. "¡Corre, corre, corre!" se grita a sí misma mientras empieza a correr tan rápido como puede. Menos mal que está en buena forma.

Mientras, unos ojos rojos como la sangre la siguen desde la distancia, hasta que la chica dobla la esquina. Entonces, desaparece.

Alice llega hasta su taquilla, coge el libro de literatura y va pitando a la clase de Raimon. Antes de entrar, mira por el cristal de la puerta. El profesor está de espaldas a ella, explicando una cosa en la pizarra. Es su oportunidad. Con sigilo, abre la puerta del aula y, de puntillas se dirige a su asiento, donde se encuentra con la sonrisa de Gale, que sacude la mano en un silencioso saludo y arquea las cejas, como preguntándole qué le ha pasado. Alice hace un gesto con los dedos, indicándole que luego se lo explicará todo, y abre el libro por el tema uno. Bien, Shakespeare. -Señorita Alice, me alegro de que nos honre con su presencia. - Vaya, pues no ha sido tan silenciosa después de todo. Raimon se gira y le dedica una sonrisita de suficiencia.

-Lo siento, Raimon, es que...

Pero su intento de explicarse no sirve para nada.

-Me dan igual tus excusas, Alice. Llegas con más de media hora de retraso.- Le riñe, sin borrar su sonrisa. - Como castigo, no podrás asistir a mis clases, hasta el siguiente tema, y da gracias que te deje hacer el examen. Así que largo.

-¡¿Quéeee?! ¿Y cómo voy a estudiar para el examen si no asisto a clase? No me enteraré de nada - protesta, indignada. Sabía que no le caía muy bien a Raimon, pero ¿castigarla así por llegar tarde?

-Eso es problema tuyo, no mío. Y mira el lado positivo, podrás quedarte una hora más durmiendo, ya que te gusta tanto dormir. Ahora, fuera. Sus ojos se llenan de lágrimas. Ve como Gale abre la boca para defenderla y coloca su mano sobre la de él para silenciarlo. No quiere que le castiguen a él también. Sin embargo, no es la voz de Gale la que oye.

-No me parece justo.

Alice mira a Cristian, boquiabierta. No puede ser... Oficialmente, hoy es el día más raro de su vida.

-¿Cómo dices, Cristian? - Pregunta Raimon, ahora con el ceño fruncido.

-Digo que no me parece justo que porque Alice haya llegado tarde la castigue sin venir a clase, sabiendo que el último curso es muy importante para todos nosotros. ¡Venga ya! No puede odiarla tanto.

El ceño de Raimon se frunce aún más, pero cuando toda la clase empieza a murmurar, de acuerdo con Cristian, comprende que no puede castigarlo a él también. ¡Maldita sea!

-Bueno, en ese caso, ya que no os parece "justo", tú y ella os quedareis con las señoras de la limpieza limpiando el instituto durante una semana. ¿Eso está mejor?

-¡¿Yo?! ¡¿Por qué?! - protesta el chico, indignado.

-Porque no me parece "justo" que Alice haga todo eso sola y como tú has intervenido... ¡Ah! Y haréis una exposición juntos sobre Shakespeare delante de la clase para dentro de dos semanas. ¿De acuerdo? - En ese momento suena el timbre.- Leeros las páginas trece, catorce y quince, y haced los ejercicios del uno al seis. -Dice, dirigiéndose ahora a la clase.- Hasta mañana.

Alice resopla. Cristian resopla. Y ambos piensan lo mismo: "Menudas dos semanas me esperan".

Capítulo 8

Capítulo 7

Cristian sale de clase, enfadado. ¿Por qué la había defendido? Se suponía que no tenía que llamar su atención, aunque de todas maneras no lo ha hecho muy bien hasta ahora: primero el magnífico plan de ignorarla por completo, lo que no había estado muy acertado; luego la quemadura de su muñeca, y ahora esto... No tiene remedio. Lo único que quiere era que se mantuviera alejada de él, no quiere hacerle daño. Alice es como un imán para él y sus desastres, como siempre. ¡Maldita sea!

-¡Cristian!

Hablando de la reina de Roma...

Cristian se gira y ve a Alice acercándose a él con gesto serio, apretando contra su pecho su libro de Literatura y esa carpeta suya forrada con fotos.

-¿Qué quieres? - le responde, borde.

Alice hace un mohín, pero no se acobarda y da otro paso hacia él.

-Solo quería darte las gracias por defenderme y para saber cuándo quedamos para hacer el trabajo que...

-¡Para, para, para! - la interrumpe, molesto.- Yo no voy a hacer ningún trabajo, no tengo ningún porqué. Y ayudaré en la limpieza del instituto porque si no vendrán las encargadas a por mí.-Dicho esto, empieza a alejarse, dando por terminada la conversación.

Pero para Alice no ha acabado, ni mucho menos.

-¡¿Pero qué dices?! Nos lo ha dicho a los dos y yo no pienso hacerlo sola.- Dice, poniéndose delante de él y caminando de espaldas. Cristian la mira, divertido.

-Te vas a caer... -Aún no ha acabado de decirlo cuando Alice da un traspiés y se cae.

-¡Auch! -se queja, dolorida. Se sienta y se frota la parte baja de la espalda, donde más le ha dolido. Resoplando, Cristian la coge del brazo y la levanta de un tirón.

-Te lo dije.

Entonces Alice se da cuenta de que el chico lleva unos guantes negros muy raros, de piel. "¿Pero cómo va con eso, con el calor que hace?" piensa, extrañada.

Pero no le da tiempo a preguntárselo porque cuando levanta la mirada, el chico ya se ha ido. La chica maldice por lo bajo y, refunfuñando, se dirige a su siguiente clase.

Alice llega a por fin a casa, cansada. Menos mal que las encargadas de la limpieza le han dicho que podía empezar mañana, porque aún tiene que estudiar para una prueba de español que tiene al día siguiente, ya que la profesora nueva quiere tener una idea del nivel de la clase. En un principio eso no se tendría que estudiar, pero prefiere estar preparada.

Se sienta en el sofá con su carpeta, su estuche, unos folios y el libro de español. Sin embargo, cuando acaba de poner el título, llaman a la puerta.

-¿iKim, por qué no te llevas las malditas llaves!? - grita mientras abre la puerta. Casi se cae de culo cuando ve que quién está en la puerta no es otro que Cristian, con cara de fastidio. Este chico no dejará de sorprenderla.

-Me las llevaría si tuviera unas- le contesta con una sonrisa socarrona.

-Pues la llevas clara... ¿Qué haces aquí?

-Hay que hacer un trabajo, ¿recuerdas? ¿Puedo pasar?

Capítulo 9

Capítulo 8

Kim abre los ojos y mira la hora. Las tres de la tarde. Ha oído como la puerta se abría, pero no se ha levantado porque ha supuesto que sería Alice, ya que es a esa hora cuando suelen llegar las dos juntas del instituto. Y lo confirma cuando alguien llama al timbre y Alice grita que porqué no se ha llevado las llaves. Pero si está enferma, ¿cómo quiere que salga?

Será algún compañero de clase, porque la oye hablar con alguien. ¿Un chico, quizás? Será Gale. Las voces se van alejando, así que se han ido al salón. Por fin puede volver a dormirse, tiene una jaqueca horrible.

Vuelve a despertarse. Las cinco. Pero esta vez lo que ha oído han sido unos gritos, como si alguien estuviera discutiendo, y luego ha "sentido" algo, una presencia extraña y, a la vez, ligeramente familiar, y una emoción intensa, proveniente de Alice. Ahora que no le duele la cabeza, lo percibe con claridad, y esa presencia lleva en la casa un buen rato, quizás una hora o dos. ¿Cómo no se ha dado cuenta antes? Alice es su protegida, no debe pasarle nada.

Sale disparada de la cama y corre hacia el salón, donde la presencia se nota más fuerte de lo normal. Y la escena la deja paralizada, porque en medio del salón hay dos personas que se besan como si se estuviera acabando el mundo.

2 horas antes...

-¿Ahora has cambiado de opinión? - Alice le mira, escéptica. ¿Este tío de qué va?

-Mira, no hagas que me arrepienta. En realidad estoy aquí porque alguien me ha obligado, así que no me toques las narices y déjame entrar.

-¿Y si no quiero?

-Pues tendrás que hacer el trabajo tú solita. - Le suelta el chico, haciendo ademán de darse la vuelta, como si fuera a irse.

¡Maldición!

-Vale, entra. - Le dice mientras le mira con cara de fastidio.

Cristian entra y camina directamente hacia el salón. Alice le sigue, enfurruñada, y entonces se da cuenta. ¿Cómo sabía dónde estaba el salón si no ha entrado allí en su vida? Encogiéndose de hombros, lo deja estar y llega al salón, donde Cristian ya se ha acomodado en el sofá y mira su libro de español con curiosidad, mientras masculla algo por lo bajo. Cuando se acerca a él, cree oír el nombre de su mejor amiga, Emma, entre todo ese cuchicheo.

-¿Qué dices sobre Emma? - le pregunta, con voz despreocupada, mientras le quita el libro de las manos y lo guarda en su mochila. Sigue llevando esos guantes tan raros, como si no quisiera que nada entrara en contacto directo con su piel. ¡Hay que ver lo raro que es!

-No he dicho nada.

"¡Sí, claro!" piensa, mientras suelta un bufido, pero decide que le da igual. Lo único que quiere es acabar el trabajo y que se largue, aunque al mismo tiempo se siente bien con él, protegida, a salvo. Sacude la cabeza para alejar de su mente esos pensamientos tan contradictorios, coge el portátil, que está encima de la mesita auxiliar, y se sienta en el sofá junto a él.

Durante más de hora y media, los dos se centran en el trabajo que tienen por delante, sin hablar, a parte de algún comentario suelto sobre algo que no acaban de entender o alguna aclaración de cómo hay que poner una u otra cosa.

Entonces le vuelve a oír murmurar algo, pero esta vez es como una letanía, como...

-¿Estás recitando a Shakespeare? - le pregunta. No parecía de ese tipo de chicos románticos, o bohemios. La verdad es que no parecía de ningún tipo. Era, simplemente, Cristian.

-Sí, lo has reconocido, ¿verdad? Es de Romeo y Julieta.

-¡Aah, por eso me sonaba tanto!

Cristian sonríe y se aclara la garganta, empezando a recitar el monólogo de Romeo que a ella le gusta tanto.

-¡Silencio! ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es

el Oriente, y Julieta, el sol! ¡Surge, esplendente sol, y mata a la envidiosa luna, lánguida y pálida de sentimiento porque tú, su doncella, la has aventajado en hermosura! ¡No la sirvas, que es envidiosa! Su tocado de vestal es enfermizo y amarillento, y no son sino bufones los que lo usan, ¡Deséchalo! ¡Es mi vida, es mi amor el que aparece!... Habla...mas nada se escucha; pero, ¿qué importa? ¡Hablan sus ojos; les responderé!...Soy demasiado atrevido. No es a mí a quien habla. Las más resplandecientes estrellas de todo el cielo, teniendo algún quehacer, ruegan a sus ojos que brillen en sus esferas hasta su retorno. ¿Y si los ojos de ella estuvieran en el firmamento y las estrellas en su rostro? ¡El fulgor de sus mejillas avergonzaría a esos astros, como la luz del día a la de una lámpara! ¡Sus ojos lanzarían desde la bóveda celestial unos rayos tan claros a través de la región etérea, que cantarían las aves creyendo llegada la aurora!... ¡Mirad cómo apoya en su mano la mejilla! ¡Oh! ¡Quién fuera guante de esa mano para poder tocar esa mejilla!

Lo mira con la boca abierta. ¡Se lo sabe de memoria! Y no lo ha hecho nada mal. Carraspea y baja la mirada, como si no la hubiera impresionado mucho, y murmura por lo bajo:

-Me encanta esa parte...

-Te encanta Romeo y Julieta en general, te sabes toda la obra de memoria.- Dice él, esbozando una media sonrisa. Entonces se da cuenta de lo que ha dicho, y su boca se convierte en una apretada línea, y mira a Alice de reojo.

-¿Cómo lo sabes? - Alice lo mira boquiabierta, pero esta vez por la inquietud de saber que él sabe algo que solo saben sus amigos y Kim. Algo no le encaja en toda esta historia, es como si supiera todo de ella: dónde vive, la distribución de la casa, el comentario sobre Emma que él a negado, y ahora esto. No entiende nada, y eso la asusta.

Cristian intenta cogerle la mano, pero ella se levanta como movida por un resorte y se aleja de él.

-¡No! ¡¿Cómo lo sabes?! - grita, nerviosa.

-Sé muchas cosas sobre ti. - La chica se aleja más de él. "Perfecto, Cristian, la mejor frase para tranquilizar a una chica", se maldice. - Por favor, Alice, tranquilízate. No debes tenerme miedo. - Dice mientras se

levanta y camina hacia ella.

Alice, sin saber porqué, se da la vuelta para huir, aunque no hay mucho sitio para esconderse en esa casa, tan amplia y despejada de muebles. De todas maneras, no consigue llegar muy lejos, porque tras apenas un par de pasos, Cristian la alcanza y la atrae hacia él, pegándola a su pecho. Ella levanta la cabeza, dispuesta a gritarle, pero algo en sus ojos hace que decida callarse. La mira como si no existiera nada más, a los ojos, como si quisiera adivinar cómo va a reaccionar. Sin embargo, no lo piensa mucho más y sus labios bajan hasta los de ella, uniéndolos en un beso tan suave y tierno que sorprende mucho a Alice.

Al principio intenta resistirse, pero él aferra su cara, como si no pudiera dejarla marchar, y Alice pronto se abandona al contacto de sus labios, tan familiares y a la vez tan desconocidos para ella, suspirando, aferrándose al pelo del chico.

Sin embargo, ese beso no dura mucho, porque, al cabo de unos segundos, se oye una especie de gruñido en la entrada de la habitación y una melena rubia se abalanza sobre Cristian, con unos dientes afilados como cuchillas al descubierto, preparados para desgarrar la piel de su cuello.

Capítulo 10

Capítulo 9

Cristian aparta a Alice de un empujón, que sale disparada hacia atrás y acaba en la otra punta del salón, y suelta un quejido de dolor, alucinada al mismo tiempo por la fuerza que ha demostrado ese chico. Pero rápidamente deja esos pensamientos atrás y se levanta.

No puede dar crédito a lo que ve.

Kim, su prima, la preciosa Kim, se ha abalanzado sobre Cristian como una bestia descontrolada, haciendo que los dos caigan al suelo con un golpe sordo, e intenta por todos los medios desgarrarle la garganta, con las manos curvadas como si fueran garras y una expresión que causa verdadero terror, aunque a Cristian no parece asustarle o, al menos, no demasiado. Al contrario, parece calmado, con una expresión que demuestra que sabe a qué narices se enfrenta y cómo salir airado. Los dos dan vueltas por el suelo, como si quisieran matarse el uno al otro. Alice está en shock, parada en mitad del salón sin saber qué hacer. No puede pensar con claridad, y eso la frustra sobremanera. Ese sentimiento, el sentirse inútil ante una situación complicada y que no sabe muy bien cómo solucionar, consigue que deje de pensar y se ponga en movimiento. Corre hasta ellos, que siguen intentando ponerse uno encima del otro para poder neutralizarse, y coge a Kim por los hombros, intentando apartarla del chico.

-¡Kim! ¡Para, estate quieta!

Kim la mira, y en esa mirada no reconoce a su prima, es como si fuera un animal que ha perdido el control. Pero no se deja amedrentar y sigue tirando de ella, hasta que consigue empujarla lejos de él, sabiendo que si Kim no hubiera querido apartarse nadie podría haber hecho nada, y luego se coloca delante de Cristian, en actitud defensiva, aunque algo le dice que sus conocimientos de defensa personal no le van a servir de mucho.

-¡Alice, apártate, no quiero que te haga daño! - Cristian ya se ha puesto de pie e intenta colocarla detrás de él, pero Alice no se lo permite.

-Quiero saber qué narices pasa aquí, y no me vale un "no lo entenderías". Quiero saber quién eres tú y por qué Kim ha reaccionado así cuando te ha visto y, sobre todo, qué cosa es mi prima. ¡Y lo quiero saber ahora!

Pero no le da tiempo a decir nada más, porque Kim vuelve a la carga. Con un grito ahogado, Alice consigue apartarse de su camino gracias a un nuevo empujón de Cristian, pero él no tiene la misma suerte, y ambos atraviesan el cristal de la puerta que da al jardín y caen sobre un parterre de flores que Kim adora. "Cuando vuelva en sí, le va a dar algo", piensa Alice incoherentemente, mientras ve como se revuelcan por el césped, impotente por no saber cómo ayudar a Cristian, que tiene serios problemas para evitar los colmillos de Kim.

En el momento en el que ella se levanta dispuesta a volver a apartarla de él, Kim consigue llegar al cuello del chico y muerde con fuerza, soltando un gruñido de victoria, y la forma de su cuerpo empieza a ondularse y a

cambiar de forma. Al cabo de un momento, Cristian empieza a resistirse con menos fuerza, como si se estuviera debilitando, como... como si estuviera sufriendo. Eso es algo que Alice no puede soportar ni pensar. Un sentimiento irracional de dolor al pensar en que lo que le pueda suceder hace que algo se active dentro de ella, como un "clic" en lo más profundo de su pecho y una luz intensa, dorada como el sol, empieza a rodearla y a extenderse hacia ellos. Lo único que recuerda antes de sumergirse en la oscuridad es que alguien grita su nombre.

Capítulo 11

Capítulo 10

Cristian intenta por todos los medios quitarse a Kim de encima, hecha una furia, pero estas criaturas son demasiado fuertes, y él hace tiempo que está débil.

Entonces, y sin que él consiga evitarlo, Kim consigue clavarle los dientes en el cuello, alimentándose de su esencia vital, y él de pronto se encuentra inmerso en un sopor del que no sabe si podrá salir. Sigue luchando contra ella, pero poco a poco va perdiendo las fuerzas, todo se vuelve borroso...

Algo le ciega, una luz dorada que le da fuerzas y le saca de la oscuridad. "Alice". Con un rápido movimiento, y aprovechando que Kim ha dejado de morderle para ver de dónde proviene esa luz, la empuja para quitársela de encima y la echa sobre la tierra. Murmura unas palabras y Kim queda inconsciente en el suelo.

Después de asegurarse de que realmente está dormida, se gira para buscar a Alice y se queda sin habla. La chica está flotando, literalmente, a unos cuatro o cinco metros del suelo, y es de su cuerpo de donde emana la luz dorada, que en ese momento se extingue, dejando a Alice a merced de la gravedad, por lo que empieza a caer.

"¡Mierda!", piensa Cristian, mientras corre para impedir que se estampe contra el suelo. La coge al vuelo, pero no consigue equilibrarse ante el cambio de peso y los dos acaban cayendo, aunque al menos ha amortiguado la caída de la chica.

De repente, el chasquido de una rama al ser pisada pone a Cristian en alerta. Alguien se acerca a ellos. Maldiciendo por estar tan débil en esos momentos, intenta incorporarse. Cuando consigue girarse hacia donde proviene el ruido, sin soltar a Alice, se relaja. Un chico moreno, completamente vestido de negro, camina hacia ellos. No se puede creer que esté ahí. "Si que ha tardado poco en localizarla". A pesar de que Alexander no es para nada peligroso, al menos en lo que a Alice se refiere, al chico no le hace mucha gracia que él esté allí, aunque tal y como están las cosas, no le vendría mal un poco de su ayuda, pero eso nunca va a reconocerlo delante de él.

Cristian se incorpora y acomoda a Alice sobre su regazo. La chica se ha quedado inconsciente, como si lo que ha hecho la hubiera dejado completamente extenuada.

-¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

-Tranquilo, Alexander. Puedo ocuparme yo. Además, sabes de sobra lo que ha pasado- Le contesta, fastidiado.

Alexander se deja caer junto a ellos y observa a la chica, ignorando

deliberadamente las palabras de Cristian. A pesar de lo que acaba de presenciar y de que Cristian le haya instado a que se tranquilice, el recién llegado se ha mostrado calmado en todo momento, sin alterarse.

-Su poder ha crecido. -dice, simplemente.

Cristian le mira, con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. No esperaba que dijera eso, aunque está claro que tiene razón, él mismo lo ha visto hace apenas unos minutos. Alice nunca había manifestado su poder de esa manera. Y eso no es algo bueno.

-Vete. Se supone que esta vez no puede conocerte. Ahora me toca a mí intentar salvarla.

-Demasiado tarde, ya me ha visto.

Cristian cierra los puños con fuerza, preparado para darle una buena tunda.

-Ese no era el trato. Me tocaba a mí intentarlo y...

-Tranquilo, no lo hice a propósito- Alexander levanta las manos en señal de rendición, intentarlo calmarlo.- La atacaron los renegados, no podía dejar que le pasara nada.

-¿Los renegados? ¡Imposible!

Los renegados son los fieles esbirros de un hombre, un Brujo Oscuro, el más poderoso de todos ellos, que lleva en la Tierra desde tiempos inmemorables, arrebatando el poder a aquellos que le parecen interesantes y poderosos. Que vaya detrás de Alice es malo, muy malo.

-Sí, yo también lo pensé. De todas maneras, ella acabó con ellos, utilizando la misma luz que ha utilizado ahora contigo. Los convirtió en cenizas.

Cristian se queda boquiabierto.

-Pero a Kim no le ha pasado eso.

-Ya, lo he visto, y tengo una teoría. Cuando el ataque de los renegados ocurrió, a mí no me pasó nada, a pesar de que también me alumbró su luz. Pienso que su poder reconoce a los que quiere y no les hace daño. Aunque a mí no me reconociera, su corazón sí lo hizo. Por eso su poder te ha fortalecido, en vez de matar a su amiga.

"Maldición, tiene sentido". Odia que Alexander sea el cerebritito de los dos.

-De todas maneras, cuando me vio y mató a los renegados, quedó inconsciente como ahora, y intenté borrarle la memoria, aunque no sé si lo conseguí, porque su mente estaba protegida por un poderoso hechizo.

- ¿Un hechizo? ¿Qué clase de hechizo?

- Un hechizo protector, pero no supe de cual se trataba, no lo he podido reconocer. Sin embargo, sigo investigando. Conseguiré averiguar de qué se trata.

Alexander es un poderoso hechicero, por lo que Cristian entiende su frustración. No hay ningún hechizo que se le escape y nunca lo ha habido, hasta ese momento.

Intenta moverse para estar más erguido y que Alice no esté incomoda, pero el cuerpo se le resiente y hace una mueca de dolor.

- Parece que necesitas ayuda - le dice Alexander, esbozando una sonrisa socarrona. Sabe que Cristian odia pedir ayuda, y más si es a él.

- No, no hace falta... - contesta, en efecto, Cristian. Pero Alexander no le hace caso y pasa una mano por encima de Cristian y, luego, de Alice, sin llegar a tocarlos. Una luz plateada sale de su mano, e inmediatamente Cristian se siente mejor y consigue sentarse en el suelo.

En ese momento, Alice se remueve en el regazo de Cristian, seguramente al notar esa magia curativa que la hace sentir mucho mejor y le da fuerzas.

-Será mejor que te vayas, si tu hechizo surtió efecto y no te recuerda, mejor que no te vea.

Alexander asiente, acaricia la mejilla de Alice y desaparece delante de sus narices. "Odio que haga eso, no consigo acostumbrarme".

Vuelve a centrarse en Alice, la acaricia y le murmura palabras tranquilizadoras al oído hasta que la chica, finalmente, abre los ojos.

Capítulo 12

Capítulo 11

Cuando Alice consigue abrir los ojos tras unos momentos de pánico ante la oscuridad que la envolvía, se encuentra con unos ojos color hielo, cálidos, que la miran con preocupación.

-¡Alice! ¡Gracias a los dioses! ¿Estás bien? - pregunta Cristian, acariciándole la mejilla con suavidad.

Alice solo consigue asentir y esconde la cara en el cuello de él. ¿Qué ha pasado? Solo recuerda que Kim se había vuelto loca y... ¡Kim!

Se incorpora rápidamente, aunque tiene que apoyarse en un árbol que tiene al lado para no caerse ante el mareo repentino.

-Alice, tranquila, te has desmayado y estás débil. - El chico también se levanta e intenta sujetarla para que no se caiga, pero Alice no le hace caso y se aparta de él, buscando con la mirada a su prima, a la que ve tumbada en la hierba, inconsciente. Asustada, corre hacia ella y se deja caer a su lado, examinando su cuerpo en busca de alguna herida, contusión, algún hueso roto, lo que sea, y controla su respiración, pero parece que está perfectamente, a pesar de los numerosos golpes y de haber traspasado una ventana.

Del alivio que siente, las lágrimas, que no sabía que estaba conteniendo, comienzan a salir precipitadamente. Siente como unos brazos la rodean y le acarician los brazos, proporcionándole consuelo.

-Eh, eh... ssh, tranquila - las palabras de Cristian susurradas al oído consiguen que poco a poco los sollozos e hipidos paren, aunque las lágrimas siguen cayendo libremente. - Ella está bien, dentro de un rato se despertará, ya lo verás.

La chica por fin consigue dejar de llorar, y se limpia la nariz con la manga de su chaquetita de algodón, un gesto para nada femenino, lo que hace que Cristian sonría.

Alice le mira, y entonces ve las marcas de un mordisco en su cuello. De manera instintiva y sin decir nada, coloca la mano por encima de la herida, sin llegar a tocarla.

-¿Qué pasa, Alice? - Ella le hace callar poniendo la otra mano encima de sus labios y cierra los ojos, concentrándose.

De su mano empieza a salir una tenue luz dorada, y Cristian siente una calidez en su cuello, que rápidamente se extiende por todo su cuerpo. Es una sensación placentera, que le llena de paz. Cuando esa sensación desaparece, se toca el cuello. No hay nada, ni un solo rastro del mordisco.

Mira a Alice, que se mira la mano, alucinada.

-¿Qué está pasando, Cristian?- Alice le mira con ojos asustados, suplicándole una explicación.

Una explicación que no sabe darle. No sabe nada, ni porqué la persiguen los renegados, ni porqué su poder ha crecido tanto... Tampoco sabe cómo explicarle lo que es él, lo que es ella, lo que es Kim, ni nada del mundo

que comparten.

Sacude la cabeza y la estrecha con fuerza, para soltarla un momento después, levantarse y salir de la casa ante la mirada atónita de Alice.

Cristian llega y da un portazo al entrar, frustrado. No debía haber dejado allí a Alice sin decirle nada. Ahora pensará que es un idiota cobarde. Lo que no se aleja mucho de la verdad.

En realidad, decir que aquel sitio era una casa no estaría muy acertado. Cristian vive en una mansión fuera de la ciudad, más bien un castillo pequeño. Se había trasladado aquí para estar aislado y tranquilo, intentando evitar a la única persona que jamás podría evitar.

-Parece que llegas de mal humor- dice una voz. Delante de él aparece la dueña de aquel castillo, flotando delante de él con un vestido verde y rodeada de un leve brillo del mismo color que la identifica como la princesa de las hadas, la Dama Verde. Le había ofrecido instalarse con ella, y se habían hecho amigos al instante. Ella también escondía su identidad delante de los humanos y su casa era el único lugar donde podía mostrarse tal cual era: una preciosa joven alada con el pelo castaño muy largo y rizado y una sonrisa permanente en la cara.

-Elemmatis, soy un imbécil.

-Eso no hace falta que lo jures.

Elemmatis ríe, mientras Cristian la mira con el ceño fruncido.

-Se supone que tienes que animarme.

La chica vuelve a reírse, lo coge por los hombros y lo lleva hasta el salón, una habitación enorme con las paredes y el suelo de piedra como el resto de la casa, lleno de estanterías con libros de aspecto antiguo -que no son ni una cuarta parte de la colección del hada-, un sofá de piel, un piano de cola negro, una mesita de té y algo que desentonaba completamente del resto de la estancia que se había añadido a petición de Cristian: una televisión de plasma gigante que ocupaba gran parte de una pared. También había una chimenea y, encima de ella, un retrato bastante antiguo de una mujer rubia de ojos penetrantes y risueños, y una boca de labios carnosos que intentan ocultar una gran sonrisa: La Primera Reina de las Hadas, antepasada de Elemmatis.

Los dos se sientan en el sofá y ante ellos aparecen unas tazas llenas de chocolate caliente, la bebida favorita del hada. Aunque no concuerda mucho con la época en la que se encuentran -finales de verano-, Cristian la coge y bebe un trago, agradeciendo el calor que se instala en su cuerpo, frío desde el momento en que dejó a Alice.

-Cuéntame, ¿qué ha sucedido?

Cristian respira hondo, bebe otro poco y se lanza a contarle todo lo que ha pasado durante el día. Cuando termina, la mirada de Elemmatis ha pasado de alegre a confusa y enfadada.

-¡No me puedo creer que hayas dejado tirada a Alice! Ahora que te necesita más que nunca, vas y la... vas y metes la pata.-Cristian sonríe al ver que incluso furiosa, el hada es incapaz de decir palabrotas.

-Ya lo sé, y seguramente mañana vendrá dispuesta a arrancarme la piel a tiras.

"Seguro, con la mala leche que tiene" sonríe para sus adentros, dejando de escuchar la voz furiosa de Elemmatis, ahora en su pleno auge. Y es que, incluso con su mejor amiga gritándole, sus pensamientos no pueden apartarse de ella.

Capítulo 13

Capítulo 12

-Quiero saber de qué narices va todo esto, porque no entiendo absolutamente nada.

Kim y Alice están sentadas en el sofá. Después de que su prima recobrara la consciencia, Alice le ha obligado a quedarse tumbada, ha preparado té helado y se dispone a descubrir qué es todo esto que le está sucediendo últimamente, porque, aunque le cueste admitirlo incluso para sí misma, está asustada.

Kim se remueve en el asiento, a todas luces incómoda, sin saber cómo explicárselo sin parecer una loca a la que encerrar en alguna institución mental.

-Bueno... Yo solo te explicaré lo que me concierne a mí, creo que lo demás te lo tiene que explicar Cristian.

Alice resopla, pero entiende que si quiere saber algo es mejor no poner pegos, aunque no entiende qué tiene que ver Cristian en todo eso, si solo se conocen desde hace unos pocos días. No sabe nada de ella ni de su vida, o al menos eso es lo que ella quiere creer.

Kim coge aire y lo suelta de golpe.

-Soy un licántropo.

Alice se queda de piedra.

-¿Te... te refieres a un hombre lobo, con garras y dientes afilados? - No puede tener la boca más abierta, está alucinada, no sabe si porque se cree esa absurda historia o porque su prima ha resultado una de esas personas que viven en su propio mundo.

Ahora la que resopla es Kim con gesto de fastidio.

-No sé porque todo el mundo piensa eso cuando se menciona la palabra licántropo, aunque es verdad que la palabra proviene de ese significado. ¿No solo existen los hombres lobo, sabes? Hemos evolucionado y ahora no hay solo lobos. Y encima son bastante desagradables y tontos. Una vez...

-Al grano, Kim.

-Vale, perdón. No, no soy un lobo, sino un tigre.- La mira de reojo, como si estuviera esperando a que Alice se riera en su cara o pensara que el golpe que se ha dado ha sido demasiado fuerte. Sin embargo, de momento su prima no parece del todo incrédula ante la situación, sino que continúa preguntándole cosas, curiosa.

-¿iUn tigre!? ¿Cómo los de los documentales?

-Bueno, somos más grandes cuando nos transformamos, pero sí, básicamente sí.

-¿Y lo de la luna llena? ¿Y las balas de plata?

Kim suelta una risita.

-Todo eso son cuentos que los humanos se han inventado a lo largo del tiempo, supongo que como consuelo, para poder pensar que no somos invencibles y que nos pueden herir con relativa facilidad. Podemos transformarnos cuando queramos, aunque las noches de luna llena todos

los seres mágicos somos más poderosos. Y la plata no nos afecta, yo llevo miles de pulseras de plata y nunca me ha sucedido nada malo. En verdad, somos igual de mortales que los humanos si nos hieren en una zona vital, algo que, por otra parte, resulta difícil, porque físicamente somos más fuertes y veloces, y nos curamos mucho más rápido. También vivimos más que ellos, por eso se piensa que somos inmortales en lo que se refiere a causas naturales, ya que tampoco podemos contraer enfermedades, al menos, no enfermedades humanas. El licántropo más viejo que conozco está a punto de cumplir los 400 años.

Alice hace rato que se ha levantado del sofá y está dando vueltas por el salón como una loca, visiblemente alterada, sobre todo debido a la última parte del discurso de Kim.

-Es decir, ¿qué hay tigres deambulando por la ciudad en forma humana?

-Bueno, solo somos un clan de veinte tigres en esta zona, más o menos, así que no es para tanto. Aunque hay otras especies de licántropos, o, si lo prefieres, metamorfos, aquí solo vivimos los tigres y algunas águilas, porque ellas no viven en clanes, son más bien...

-Águilas... vale... - la interrumpe Alice, cortando su perorata- Y cuando has mordido a Cristian... parecía que estabas chupándole la vida.

-Sí, es una forma que tenemos de debilitar a la presa a la vez que nos hacemos más fuertes.

-¡Presa! ¿Por qué le has atacado?- pregunta, indignada.

-Me han destinado a protegerte, Alice, y él es una de las dos personas a las que tienes que evitar todo lo posible. Además, mi especie y la suya nunca se han llevado bien, se creen tan superiores... aunque ahora solo quedan tres como él en el mundo, incluyéndolo. Y no, no te voy a decir qué es, eso te lo tiene que contar él. - añadió al ver lo que se le pasaba por la mente a su prima.

Alice frunce el ceño, pero decide no insistir. Sin embargo, hay algo que no le cuadra.

- Entonces, ¿yo también soy un tigre?

Kim frunce el ceño.

- ¿Por qué deberías ser tú un...? Ah, claro.- Kim se muerde el labio, visiblemente arrepentida por algo que Alice solo puede intuir.- Alice, tú y yo no somos primas. Cuando tus padres se dieron cuenta de lo que eras y que ellos no iban a poder seguir a tu lado mucho más tiempo debido a eso, te entregaron a mi clan para que te protegiéramos. Por eso no sabías que tenías más familia hasta que nos conociste a mis padres y a mí, porque no somos parte de ella, aunque con el tiempo has llegado a convertirte en una hermana para mí. Pero lo hemos hecho así para que estés a salvo, para intentar evitarte lo que parece imposible de evitar.

- ¿De qué me estás hablando? No lo entiendo, Kim. - Alice la mira, sin saber qué decir ni qué pensar. ¿A salvo? ¿Qué o quién intentaría ponerla

en peligro?

- Lo siento, Alice, pero, por mucho que me fastidie, le corresponde a Cristian contarte todo lo demás, yo ya he dicho demasiado.

Kim se encoge, preparada para la ira de Alice, para que le exija que se lo cuente todo de inmediato. En cambio, le dice algo que Kim no esperaba oír.

-¿Puedes transformarte ahora? ¿Para que pueda verte?

Kim se queda con la boca abierta, asombrada por como se lo está tomando, cuando otros se habrían desmayado, habrían salido huyendo o lo más normal, la habrían tomado por una loca que solo dice sandeces.

-Entonces, ¿me crees? ¿No te enfadas por habértelo escondido durante tanto tiempo?

-A ver, me duele el hecho de que no seáis verdaderamente mi familia, aunque yo siempre os consideraré como tal, y también que no me hayáis dejado formar parte de todo esto hasta ahora, pero sí entiendo el porqué de esa decisión. Además, me han pasado demasiadas cosas extrañas estos días como para no creérmelo, y... no tienes tanta imaginación. Kim se ríe.

-Vale, me transformaré.

Kim se levanta y, para sorpresa de Alice, empieza a quitarse la ropa.

-Es que no quiero que se me desintegre la ropa, me gusta mucho esta camiseta - explica, con una sonrisilla.

Cuando está completamente desnuda, se pone en medio del salón para no tropezar con nada y cierra los ojos.

Entonces se produce un fogonazo de luz blanca y en su lugar aparece una preciosa tigresa de bengala, que la miran con los mismos ojos azules de su prima.

Alice se acerca lentamente y se deja caer delante de ella, de manera que sus caras quedan al mismo nivel. Casi sin respirar, Alice levanta la mano, colocándola entre las dos, como pidiendo permiso, y a continuación acaricia el pelaje de Kim, que empieza a ronronear. Alice suelta una carcajada trémula cuando la tigresa se apoya en su regazo, pidiendo más.

-Menuda fiera... - masculla, divertida.

Capítulo 14

Capítulo 13

Es de noche. Una noche sin luna, sin más luz que la de las estrellas que brillan incansables en el cielo. Solo se oye a algún que otro búho ulular y la canción de los grillos. Todo está tranquilo. Bueno... casi todo. Hay un chico que no está tranquilo y que pasea sin descanso por el bosque, arriba y abajo, arriba y abajo...

Y es que después de lo sucedido a lo largo del día, a Cristian le resulta imposible dormir. No puede quitarse de la cabeza la mirada confusa de Alice, suplicándole que le dé una explicación. Y él se ha ido sin darle nada, como un cobarde. "Un maldito cobarde, eso es lo que soy", piensa, enfadado consigo mismo. Sin embargo, ¿qué puede hacer? Nada. No puede introducirla en su mundo, no puede ponerla en peligro. ¿O sí? ¿Puede estar a salvo sin saber nada, ignorante, sin poder defenderse si ocurre algo? Porque ella no sabe nada, pero los demás sí que saben de ella, y si la descubren, todo podría terminar mal. Muy mal. Pero si ella se enterara de la verdad, podría ponerse en peligro al querer saber más, y entonces todo habría acabado. Para siempre. No puede permitir que ocurra eso. Pero, entonces, ¿cuál es la opción correcta? Es una pregunta para la que, por desgracia, aún no tiene la respuesta.

Al día siguiente, Alice recorre los pasillos del instituto con aire ausente, aferrando con fuerza su carpeta forrada de fotos. Algunos compañeros la han saludado y han intentado conversar con ella, pero no está de humor para hablar con nadie. Incluso ha dejado un poco de lado a Emma cuando la ha saludado esta mañana, que le ha dedicado su ceño fruncido y una mirada un tanto preocupada y a la vez mosqueada. Sin embargo, en este momento lo único que le importa a Alice es encontrar a Cristian y pedirle una explicación. Pero parece que hoy el chico no ha ido a clase, o simplemente no ha ido a literatura con el fin de evitarla. Alice repasa su horario. Ahora le toca español, luego filosofía, matemáticas -no puede con ellas-, inglés, historia y gimnasia. Y no coincide con él en ninguna otra clase. Ya es tener mala pata. Si por lo menos supiera donde vive, se saltaría el resto de las clases e iría a buscarlo. Pero no tiene ni idea de por dónde empezar. "Supongo que no me queda más remedio que esperar a que quiera hablar conmigo", piensa, mosqueada. "La llevo clara...". Resignada, se dirige a español, preparándose mentalmente para el largo día que le queda por delante.

¡Por fin han terminado las clases por hoy! No podía más con las miradas acusadoras de Emma y las de preocupación de Gale. Encima en la hora de gimnasia le han dado un balonazo mientras jugaban a vóley... y eso duele. Qué ganas tiene de irse ya a casa. De repente se da una palmada en la frente, acordándose de algo. "¡Nooooo! Tengo que quedarme a limpiar. Y encima Cristian no ha venido". Patalea contra el suelo, indignada con todo y con todos. Está claro que hoy no es su día. Maldiciendo a Cristian, a Raimon, al instituto y, básicamente, a todo el mundo, se dirige hacia donde se encuentran las señoras de la limpieza, con las que tendrá que pasar una larga hora limpiando. Espera que sean simpáticas y no la fastidien mucho.

- Alice, ¿eres tú? - pregunta Kim cuando Alice cierra la puerta de la casa. Su prima se asoma desde el salón, desde donde llega el sonido de la televisión. - ¿Por qué has tardado tanto? Es tarde, tengo hambre y te toca a ti preparar la cena.

- Lo siento, me he quedado limpiando en el instituto hasta tarde por el castigo de Raimon - contesta la chica con voz cansada. Las mujeres, Mireia y Margarita, han resultado ser dos hermanas muy agradables y simpáticas, y se la ha pasado el tiempo volando escuchando historias. Pero como Cristian no ha venido, ella ha tenido que hacer también su parte y está molida. No sabía que el instituto era tan grande. Encima lo ha defendido diciendo que estaba enfermo, para que no le impusieran más días de castigo. ¿Por qué lo ha hecho? Si la ha dejado tirada. No lo sabe. Bueno, sí, sí lo sabe. Porque es tonta.

-Bueno, pues va, que tengo ganas de comer algo - le dice Kim en tono mandón.

- ¿Y por qué no has ido a cazar un ciervo o algo? Seguro que no tendrías muchos problemas.

- ¡Qué graciosa! - Kim la mira con cara seria. - Por mucho licántropo que sea, sigo siendo una chica elegante y delicada, y no voy a comerme un ciervo muerto del bosque, y menos si no está cocinado.

Y vuelve al salón refunfuñando algo como "no sé para que le cuento esto, si va a estar burlándose...". Alice también se va refunfuñando a su cuarto, deja la mochila y se dispone a cambiarse de ropa para ir más cómoda. Es entonces, al quitarse la camiseta, cuando le llama la atención el guardapelo que lleva colgando del cuello y del cual se había olvidado completamente hasta ese momento.